

dirigimos á la estación de Makleton, donde expidió varios telegramas.

Luego entramos en el colegio y hasta muy avanzada la noche le oí desde mi cama hablar con el doctor Huxtable, y consolarle por la muerte de su colega el profesor de alemán. Cerca de las dos de la madrugada entró en la alcoba con igual animación y alegría en el rostro que por la mañana.

—Todo va perfectamente, amigo Watson. O mucho me engaño, ó mañana por la tarde ya estará descubierto el enigma.

V

No eran las nueve de la mañana siguiente, cuando Holmes y yo entramos en el jardín de Holdernesse por la amplia avenida de seculares encinas. Luego de atravesar la monumental portada concluida en tiempos de la reina Isabel, un criado nos condujo hasta el despacho del duque.

Allí nos encontramos con James Wilder, frío, correcto, impasible, pero conservando en sus ojos el terror que reflejaban la víspera.

—¿Deseábais ver á monseñor?—nos dijo en cuanto entramos.—Lo siento mucho, pero no puede ser. El señor duque está muy disgustado. La noticia de haberse encontrado el cadáver del profesor alemán le ha conmovido extraordinariamente.

—Sin embargo, Sr. Wilder—contestó Holmes—es preciso que le veamos.

—No puede ser. Monseñor está en su alcoba.

—¡Iremos á su alcoba!

—Me parece que está en la cama todavía.

—¡Le veremos en la cama!

La seguridad y la decisión conque contestaba Holmes á sus objeciones, hicieron comprender á Wilder que toda resistencia era inútil.

—Está bien, señores, voy á anunciarle que estáis aquí.

Después de media hora de espera apareció el aristócrata. Su rostro estaba más pálido, casi lívido, el cuerpo se doblaba lamentablemente. Sin embargo, nos acogió con igual impasibilidad que el día anterior y se sentó á su mesa. La barba roja descansó en la madera.

—¿Qué hay de nuevo, Sr. Holmes?—dijo con voz sonora y enfática.

Los ojos de mi amigo se clavaron en el secretario que se había colocado cerca del sillón del duque.

—Yo os agradecería que el Sr. Wilder nos dejara solos.

El secretario palideció, y mirando rencorosamente á Holmes, murmuró:

—Si monseñor lo manda...

—Sí; sí. Tened la bondad de dejarnos solos.

El secretario hizo una reverencia y salió lentamente.

—Ahora, Sr. Holmes—continuó el duque—podéis hablar.

Holmes esperó á que estuviera cerrada la puerta.

—Antes de nada, señor duque, desearíamos saber si lo que nos dijo el doctor Huxtable respecto de cierta recompensa al que descubriera al autor ó los autores de este enredo, es cierto. Celebraría mucho oír de vuestros propios labios la ratificación.

—Es verdad, Sr. Holmes.

—El doctor Huxtable aseguró que al que descu-

briera donde estaba vuestro hijo le daríais cinco mil libras esterlinas.

—También es verdad.

—Y al que os hiciera saber quiénes eran los raptos ó secuestradores, mil libras.

—También es verdad—repuso el duque ya impaciente.—Si vos, Sr. Holmes, sabéis todas esas cosas, decidlas sin temor, porque el duque de Holder-nesse sabe cumplir sus promesas.

Mi amigo se frotó las manos con tal alegría y se reflejaba tal avaricia satisfecha en su rostro, que no pude menos de asombrarme, conociendo como conocía su desprendimiento y su desprecio por el dinero.

—Perfectamente—dijo.—Si no me engaño eso que hay ahí es el talonario del señor duque; y celebraría que monseñor se dignara extender ahora mismo un cheque por valor de seis mil libras á mi nombre y contra la casa de banca «Capital and Counties», Oxford Street, Londres.

El duque no hizo el menor movimiento. Muy derecho en su sillón y mirando fijamente á Holmes, contestó con su voz amplia y tranquila.

—¿Os estáis burlando de mí? Me parece que la ocasión no es más oportuna para bromear.

—Os engañáis, señor duque. Nunca he hablado con más seriedad que ahora.

—¿Entonces que es lo que pretendéis?

—Sencillamente cobrar lo que he ganado. Yo sé donde está vuestro hijo y conozco á las personas

que le han raptado ó por lo menos las que le retienen actualmente.

El duque palideció más todavía.

—¿Dónde está?—murmuró.

—Está en la posada del *Gallo Audaz*, situada á dos millas próximamente de este castillo.

El duque se levantó de un salto.

—¿Y á quién acusáis?

No recuerdo impresión parecida á la que me produjo la contestación de mi amigo. Holmes se puso también de pie, y apoyando una mano en el hombro del duque dijo con voz clara y tranquila:

—¡A vos!

Hubo un momento de estupor. El duque retrocedió llevándose las manos á la cabeza.

—Ahora, monseñor—contestó Holmes tranquilamente,—espero que extendáis el cheque y me lo déis. Me parece que he ganado bien el dinero.

El duque parecía haber recobrado su sangre fría. Se sentó, y apoyando el mentón sobre las manos cruzadas cerró los ojos y meditó breves instantes.

—¿Qué pruebas tenéis?—dijo al cabo de un rato levantando la cabeza, pero con la voz algo temblorosa todavía.

—Yo os he visto ayer juntos á los dos.

—¿Lo sabe alguien además de vuestro amigo?

—Nadie absolutamente.

El duque cogió una pluma, y abriendo el talonario de cheques continuó:

—Yo no tengo más que una palabra, Sr. Holmes.

Como véis, y á pesar del disgusto tan grande que me habéis causado, voy á firmar el cheque. Sin embargo, cuando hice esta promesa ignoraba el rumbo que tomarían los acontecimientos, y ahora, en vista de lo que ha sucedido, creo que podré conseguir vuestro silencio, ¿verdad?

—No comprendo lo que queréis decir.

—Me explicaré mejor, Sr. Holmes. Quiero decir que, puesto que únicamente vuestro amigo y vos conocéis el secreto de este asunto, no deberé temer que se entere nadie más. ¿No es eso? Ahora voy á extender el cheque. Son doce mil libras, ¿verdad? (1).

Holmes sonrió y movió la cabeza denegando.

—Desgraciadamente, señor duque, me parece que las cosas no se pueden arreglar con tanta facilidad. Por lo visto habéis olvidado la muerte del profesor Heidegger.

—¡Yo os juro que James Wilder es inocente! ¡La culpa es toda de ese bárbaro, á quien cometió la estupidéz de mezclar en el asunto!

—Siento no ser de vuestra misma opinión, señor duque. Cuando un hombre concibe y ejecuta una falta es moralmente responsable de todas las faltas y hasta de los crímenes que se deriven de ella.

—Moralmente, sí, Sr. Holmes; pero judicialmente, no. La ley no puede condenar á un hombre por

(1) El lector verá en este hábil aumento del duque su deseo de comprar á toda costa el silencio de Holmes.—(N. del T.)

un asesinato que no ha cometido, y que reprueba y odia con igual odio y reprobación que nosotros. En cuanto se enteró de la muerte James se echó á mis pies y me confesó la verdad, toda la verdad de lo ocurrido. Yo os ruego, Sr. Holmes, por lo que más queráis que lo salvéis. ¡Salvadle! Salvadle y os estaré reconocido toda mi vida.

El duque había perdido por completo su altivez y su tiesu a. Con el rostro alterado, la frente sudorosa, crispados los puños y temblona la voz, paseaba á grandes zancadas la largura del despacho. Por fin pareció tranquilizarse algo, y sentándose de nuevo en el sillón continuó:

—Yo os agradezo, Sr. Holmes, la atención que habéis tenido viniendo á verme antes de hablar con nadie, ni comunicarle á nadie vuestros descubrimientos. De ese modo tal vez logremos evitar el escándalo.

—Tal vez—repitió Holmes;—pero para ello necesito que me habléis con entera, con absoluta franqueza. Mi deseo es servirlos en cuanto pueda, pero debéis ayudarme poniéndome al corriente de lo que sepáis. Hace un momento habéis hablado de mister James Wilder, asegurándome que no es el asesino.

—No, no lo es. El asesino ha logrado escapar.

Sherlock Holmes sonrió.

—¡Cómo se conoce que monseñor no sabe con quién trata! Si lo supiera, no afirmaríá eso tan rotundamente. Ayer, á las once de la noche, y á petición mía, han detenido en Chesterfield á Reuben

Hayes, autor de la muerte del Sr. Heidegger. Esta mañana, antes de salir del colegio, he recibido el telegrama.

El duque se puso en pie, y mirando estupefacto á Holmes, exclamó:

—¡Tenéis un poder sobrehumano! ¿De modo que han cogido al posadero Reuben Hayes? Dios quiera que esta detención no perjudique al pobre James.

—¿Vuestro secretario?

—No, mi hijo.

Ahora fué Holmes el que se quedó mirando al duque con la boca abierta.

—Confieso, señor duque, que ignoraba esa circunstancia.

—Voy á explicároslo todo.

Y el duque, volviendo á sentarse y recobrando su voz sonora y pausada, aunque algo temblona de cuando en cuando, empezó la narración:

—Por muy dolorosa que me sea la franqueza, comprendo que es el único medio de atenuar en algo el conflicto en que nos han envuelto la locura y la envidia de James. Durante mi juventud, señor Holmes, yo tuve unos amores intensos, unos amores de esos que se sienten una sola vez en la vida. Quise casarme con mi amante, pero ella se negó, alegando que era matrimonio desigual. Acaso me perjudicara en mi carrera. Sin embargo, si hubiera vivido, á pesar de sus protestas, nos hubiéramos casado; pero murió, dejándome ese muchacho. al

cual consagré todo mi cariño y mis cuidados en recuerdo de su madre.

En virtud de las conveniencias sociales tuve que ocultar el parentesco que me ligaba con él, y después de darle una educación excelente, cuando fué ya un hombre lo hice mi secretario particular para tenerlo siempre al lado mío. No sé cómo llegó á sorprender mi secreto y con él el partido que podía sacar de su silencio, y desde entonces mi vida no tuvo nada de envidiable. Todos mis disgustos caseros se los debo á él. En su corazón yo creo que no existe más que un solo sentimiento: el odio; un odio mortal, irreflexivo contra su hermano, mi hijo legítimo. Os extrañará que, dadas estas condiciones, yo le siguiera teniendo á mi lado; pero lo comprenderéis cuando os diga que físicamente es el retrato de su pobre madre. Todo en él me recuerda á la muerta, y en el menor gesto suyo, en el más nimio ademán, en el timbre de la voz, surge ante mí la figura inolvidable. Comprendiendo que me era completamente imposible separarme de él, y temiendo al mismo tiempo que su odio le obligara á cometer una locura, decidí enviar á mi otro hijo á «El Priorato» en calidad de interno.

James tenía cierto trato con Hayes, el cual estuvo á mi servicio y fué despedido por su mala conducta. Hayes, el tipo del perfecto bandido, y, á pesar de ello, James gustaba de pasar largos ratos con él, sin duda por un impulso natural que le empuja hacia las clases plebeyas. Cuando concibió el proyecto de

robar á lord Saltire, fué en busca de ese hombre, y los dos se pusieron de acuerdo para hacerlo del mejor modo posible.

Ya comprenderéis que la víspera del rapto mi hijo recibió una carta mía. Pues bien; en esta carta, antes de echarla al correo, James añadió una postdata citando á su hermano en el bosquecillo de Dagge Saw, valiéndose del nombre de la duquesa para acabar de convencerle.

Aquella misma tarde James montó en bicicleta, y reuniéndose con Arturo en el lugar de la cita, le dijo que su madre deseaba verle, que le esperaba en la landa y que si tenía el valor de salir á media noche del colegio, encontraría en aquel mismo sitio un hombre que le conduciría hasta donde estaba la duquesa. El pobre Arturo cayó en el lazo, y saliendo del colegio á media noche, se reunió con Hayes, que le esperaba con su coche y un solo caballo. Subieron en el carruaje y emprendieron en seguida la marcha. Según parece—James no lo supo hasta ayer—fueron perseguidos, y Hayes, deteniendo el carruaje, le dió un garrotazo en la cabeza. Siguieron su camino sin que nada ni nadie les volviera á interrumpir. Cuando llegaron á la posada, Hayes encerró á Arturo en un cuarto del piso principal y lo dejó al cuidado de su mujer, una excelente persona, pero que obedece ciegamente á su marido.

Tal era el estado de cosas hace dos días cuando os ví por primera vez. Yo entonces desconocía como vos la verdad, y tal vez, sin la muerte de ese pobre

alemán, no lo hubiera sabido nunca. ¿Os preguntaréis, como yo me pregunté cuando supe lo ocurrido, los móviles que ha tenido James para obrar de tal manera? Yo no los sé claramente aunque me los figuro por las palabras que se le han escapado en su confesión. Según él tenía y tiene más derecho á heredar mi fortuna y mis títulos que Arturo. No podía resignarse á que su hermano, á quien odia con toda su alma, le despojara de lo que cree exclusivamente suyo y entonces concibió el secuestro. Una vez que tuviera á Arturo en su poder, me plantearía el dilema: la entrega de mi hijo á cambio del testamento en su favor. Tenía, además, en favor suyo, la seguridad de que yo no había de recurrir á la policía para castigarle. Así las cosas, la muerte de Heidegger precipitaron el desenlace.

Cuando recibimos ayer el telegrama de Huxtable dándonos cuenta del fúnebre hallazgo, James quedó aterrado al principio, luego estalló en palabras de indignación y de sincera pena. Mis sospechas aumentaron con esto, y con gran dolor de mi alma le acusé de la muerte.

James protestó con gran energía suplicándome que guardara silencio durante tres días para darle tiempo á su miserable cómplice á que se escapara y evitar con ello el escándalo. Yo, como siempre, fui débil y accedí. En seguida montó en la bicicleta y fué á la posada á prevenir á Hayes y darle medios para la fuga. Como yo no podía, sin despertar sospechas ni graves comentarios, ir de día á la posada,

esperé á que fuera de noche para correr en busca de mi Arturo. Cuando nos vimos, se arrojó en mis brazos llorando, aterrado aún por la terrible escena de que había sido testigo é inquieto por su misteriosa situación. Con gran trabajo me separé de él, resignándome á dejarle tres días al cuidado de mistress Hayes, puesto que no era posible decir á la policía que había aparecido sin perder á Hayes, y que arrastrara en su pérdida á mi otro hijo.

Ya véis, Sr. Holmes, cómo he cumplido mi palabra de seros franco. Os he dicho todo, absolutamente todo. Ahora confío que me correspondáis de igual manera.

—Con mucho gusto, señor duque—repuso Holmes.—Correspondiendo á vuestra franqueza, debo deciros que desde el punto de vista judicial estáis en una situación muy crítica. Os habéis hecho cómplice de una felonía, contribuyendo á facilitar la fuga de un asesino; porque supongo que el dinero entregado por James Wilder á Hayes debía ser vuestro, ¿verdad?

El duque asintió con la cabeza.

—Además habéis cometido otra acción tan lamentable y tan reprochable como la anterior, dejando á vuestro hijo tres días más en poder de esa gente.

—Sí; pero me han dado palabra de...

—¿Y qué valor han de tener las palabras de esa gentualla? ¿Quién os garantiza que no le volverán á secuestrar? Por complacer á vuestro hijo culpable, exponéis á vuestro hijo inocente á un peligro inútil

y tal vez inminente. Eso no está bien, señor duque.

El altivo señor de Holderness no estaba acostumbrado á que lo trataran de tal manera, y mucho menos bajo el mismo techo de sus antepasados. Hubo un momento en que le creí próximo á protestar; pero la consciencia de su falta le contuvo y bajó ruboroso la cabeza.

—Sin embargo—continuó Holmes,—yo estoy dispuesto á ayudaros con una condición.

—Decidla—balbuceó el duque.

—La de que me dejéis obrar con entera libertad.

—Concedido.

—Perfectamente. Entonces tened la bondad de llamar á un criado para que le dé algunas órdenes.

Sin decir una palabra el duque apretó el timbre y apareció un criado.

—El señor duque—dijo Holmes—os encarga que vayáis con el coche á la posada del *Gallo Audaz* y en nombre suyo le roguéis á lord Saltire que os acompañe hasta aquí.

El criado se inclinó, y con el asombro pintado en el rostro, salió de la habitación.

—Ahora—continuó Holmes—que está arreglado el porvenir, seamos indulgentes con el pasado. Como yo no tengo carácter oficial, y como la policía obra por su cuenta, no tengo obligación de sacarla de su error ni de contar lo que sé. Respecto á Hayes, no puedo ni quiero hacer nada por él. Únicamente os aconsejaré, señor duque, que le hagáis ver la conveniencia de callarse y de negar á todo lo que le

pregunten. La policía creerá que se trata de un simple secuestro y hasta, si queréis, yo afirmaré lo mismo. Por último debo advertiros que la estancia de James Wilder en este castillo no os servirá más que para daros muchos y graves disgustos.

—Ya lo sé, Sr. Holmes, ya lo sé. Sin embargo, me parece que le oí decir pensaba marchar á Australia en busca de fortuna.

—En ese caso, y puesto que monseñor me ha asegurado que la causa de su separación con la señora duquesa era precisamente James Wilder, me parece que ha llegado la hora de la reconciliación.

—Así lo creo yo también, y hoy mismo he escrito una carta á la duquesa.

—Perfectamente—repuso Holmes levantándose.—Mi amigo Watson y yo no tenemos ya nada que hacer aquí más que felicitarnos de que esto se haya descubierto y de... ¡Ah! Lo que desearía saber es quién le enseñó á Hayes á herrar sus caballos de manera que sus huellas parezcan las de unas vacas.

El duque nos miró asombrado; luego reflexionó un poco, y, por último, dándose una palmada en la frente, abrió una puerta y nos invitó á entrar en una amplia sala llena de vitrinas y estantes parecidos á los de un museo.

Entramos, y el duque, dirigiéndose á una de las vitrinas nos hizo leer la inscripción siguiente:

«Estos hierros fueron encontrados al limpiar los fosos del castillo. Son herraduras que dejan la hue-

•lla de los cascos vacunos y se empleaban con objeto de despistar al enemigo. Debieron ser empleadas por los señores feudales de Holdernesse en la Edad Media.»

Holmes abrió la vitrina, cogió una de las herraduras, y mojándose el dedo con saliva lo pasó por encima del hierro. Una ligera capa de barro lo manchó.

—Gracias, señor duque—dijo cerrando la vitrina.—Este es el segundo descubrimiento interesante que he hecho en tierras del Norte.

—¿Cuál fué el primero?

Holmes cogió el *cheque*, lo dobló cuidadosamente, lo guardó en la cartera, y metiéndose ésta en el bolsillo—repuso con innegable satisfacción:

—El primero fué que soy un hombre pobre.

PEDRO EL NEGRO

I

Nunca el renombre de Sherlock Holmes subió á tanta altura como en el año de gracia de 1895. Nunca fué tan grande su fama ni tan productivos sus triunfos. El humilde cuarto de Baker Street recibió la visita de no pocas y augustas personalidades y la fortuna de Holmes no pocos ni despreciables aumentos.

Sin embargo, mi amigo, verdadero espíritu de artista, despreció muchas veces el dinero, y el caso del duque de Holdernesse no volvió á repetirse.

También, en muchas ocasiones, le he visto rechazar las ofertas de importantes personajes y negar su ayuda á generosos millonarios para consagrarse por entero á resolver problemas de gente humilde sólo por el interés que en él despertaban las excepcionales circunstancias en que se presentaban los asuntos.

Durante este año memorable tuvo ocasión de ejercitar su inteligencia en sucesos tan diversos y de tanta resonancia como el de la muerte del cardenal Tosca, para esclarecer la cual recibió encargo directo de Su Santidad, hasta la detención de Wilson.